

Romanos y cartagineses después de la batalla. Costumbres funerarias y rituales de la Segunda Guerra Púnica en las fuentes literarias *

Romans and Carthaginians after the battle. Funerary customs and rituals of the Second Punic War in literary sources

GABRIEL ROSSELLÓ CALAFELL

Universitat de les Illes Balears, Carretera de Valldemossa, km 7.5, 07122 Palma, Illes Balears.

gabriel.rossello@uib.cat

<https://orcid.org/0000-0002-1150-8235>

Recibido/Received: 17/01/2023 | Aceptado/Accepted: 20/03/2023.

Cómo citar/How to cite: Rosselló Calafell, Gabriel, “Romanos y cartagineses después de la batalla. Costumbres funerarias y rituales de la Segunda Guerra Púnica en las fuentes literarias”, *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua* XLVII (2023): 1-31.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ha.XLVII.2023.1-31>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

Resumen: El presente trabajo pretende realizar un análisis de las prácticas funerarias y rituales desarrolladas por cartagineses y romanos tras las batallas de la Guerra de Aníbal. Indagaremos con este propósito en el relato, a menudo estereotipado, de las fuentes literarias grecorromanas a propósito del tratamiento otorgado a los difuntos. También estudiaremos los mecanismos de obtención de *spolia* y sus diferentes usos. Nos preguntaremos, en definitiva, si podemos aislar ciertos patrones de comportamiento propios de época helenística y si la Segunda Guerra Púnica constituye un marco diferencial.

Palabras clave: *spolia*; Segunda Guerra Púnica; prácticas funerarias; Cannas; campos de batalla; cabezas cortadas.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación: “Entornos para el diálogo: los espacios de la diplomacia en el ámbito provincial romano durante la República (IANVA)”, PID2022-137408NB-I00, financiado por MCIN/ AEI /10.13039/501100011033/ y por FEDER Una manera de hacer Europa.

Abstract: This paper aims to analyse the funerary and ritual practices developed by Carthaginians and Romans after the battles of the Hannibal War. To this end, we will investigate the often stereotyped account of the treatment of the dead in Greco-Roman literary sources. We will also study the mechanisms for obtaining *spolia* and its different uses. In short, we will ask ourselves whether we can isolate certain patterns of behaviour typical of the Hellenistic period and whether the Second Punic War constitutes a differential framework.

Keywords: *spolia*; Second Punic War; funerary practices; Cannae; battlefields; severed heads.

Sumario: Introducción | 1. *Ad spolia legenda*. Múltiples despojos, múltiples funciones | 2. *Tum sepeliendi causa conferrum unum corpora suorum iussit*. Honras fúnebres para los caídos y manipulación de cadáveres | 3. Conclusiones.

Summary: Introduction | 1. *Ad spolia legenda*. Multiple spoils, multiple functions | 2. *Tum sepeliendi causa conferrum unum corpora suorum iussit*. Funeral honors for the fallen and handling of corpses | 3. Conclusions.

INTRODUCCIÓN

La muerte en batalla reviste un fuerte carácter moralizante en el mundo antiguo. Esta percepción se observa en la esfera cultural grecorromana desde la *Iliada*, considerada precisamente un “poema de la buena muerte”.¹ El testimonio literario transmite la idea de que caer en combate es sinónimo de ἀρετή o de *virtus*, convirtiendo a los difuntos, especialmente en el caso de los líderes militares, en *exempla*.² La imagen gloriosa del soldado fallecido tendría como consecuencia que en la Grecia clásica y helenística fueran habituales las ceremonias públicas por los caídos en escenarios bélicos. Para su desarrollo generalmente se procuraba que los cuerpos de los guerreros fueran recuperados y preservados de la exposición a los elementos naturales.³

Esta misma preocupación por tributar honores a los muertos se observa, con ciertos matices, en la Roma republicana, constituyendo la Segunda Guerra Púnica un caso paradigmático. Durante el conflicto, tal y como examinaremos, tanto cartagineses como romanos se nos presentan en los textos clásicos brindando exequias a los suyos, por lo que nos

¹ Edwards, 2015: 20. Tradición que recuerda Horacio en sus *Odas* (3.2) al escribir: “*Dulce et decorum est pro patria mori*”. *Vid.* Gabaldón, 2008: 113.

² Carawan, 1984: 131; Hulot, 2018; Landrea, 2019: 290-291. Sopena (2004: 67) relaciona esta concepción con un *ethos* agonístico. La muerte en batalla asegurará simbólicamente el paso al Más Allá, fenómeno percibido de manera similar por diversas culturas de la Antigüedad, como la celtibérica. *Vid.* de Francisco, 2012: 49.

³ Carawan, 1984: 131. Aunque como señala Gabaldón (2008: 117) las circunstancias no siempre lo permitieron.

preguntamos si verdaderamente estamos ante prácticas comunes en la *koiné* mediterránea, o bien únicamente frente a costumbres propias de la naturaleza humana.

Asimismo, más allá de la presumible compasión exhibida ante las víctimas propias, analizaremos las diferentes aproximaciones a los difuntos del enemigo. Indagaremos en qué medida la victoria confiere la propiedad moral y material del campo de batalla, que puede llegar a convertirse en un escenario abonado para el acopio de los despojos e incluso para el desarrollo de acciones de violencia ritual contra los cadáveres.⁴ Cabezas cortadas y cuerpos expuestos y mutilados son algunos de los retratos que afloran en tales circunstancias, iconografías que habitualmente se asocian a la barbarie frente a la ejemplaridad grecorromana.⁵ Nos interrogaremos hasta qué punto los historiadores de la Guerra de Aníbal hicieron uso de este tipo de representaciones literarias para construir un relato con tiznes maniqueístas entre “buenos” (romanidad) y “malos” (alteridad). Con este fin, lejos de un análisis simplista, es necesario recordar que el conflicto con los cartagineses fue durante largo tiempo un trauma colectivo en la memoria romana. No debe resultarnos sorprendente, por consiguiente, que el relato de sus principales acontecimientos se modelase hasta tal punto que también la derrota debía ser irreprochable.⁶ Tales son cuestiones que un examen revisionista no debería descuidar.

1. *AD SPOLIA LEGENDA*. MÚLTIPLES DESPOJOS, MÚLTIPLES FUNCIONES

Los caídos en batalla durante la Segunda Guerra Púnica se convirtieron habitualmente en un preciado botín para el enemigo. La depredación de cadáveres es un ejercicio extensible a cualquier conflicto pasado o presente, y en la Antigüedad quedó perfectamente registrada en las fuentes escritas.⁷ El rastreo arqueológico reviste mayor dificultad, pero la información generada por diversos yacimientos en el norte de Francia, como Gournay-sur-Aronde y Ribemont-Sur-Ancre, nos pone asimismo

⁴ Giovannini, 2001: 547.

⁵ Aguilera Durán, 2012; Aguilera Durán, 2014; Gracia Alonso, 2017: 43.

⁶ Hulot, 2019.

⁷ Keegan, 1976: 180-181; Giovannini, 2001: 547; Ostenberg, 2009: 19; Clark, 2014: 40; Gracia Alonso, 2017: 164-166; Engerbeaud, 2017: 227; Paturet, 2018; Barrandon, 2018, cap. 6; Barrandon y Pimouguet-Pédarros (eds.), 2021.

sobre la pista de este tipo de prácticas entre los siglos III y II a.C.⁸ La prudencia que imponen la localización concreta y el carácter diferencial de los santuarios galos, debería extenderse por otra parte a los estimulantes estudios de campos de batalla como el de Baecula (208 a.C.), que por desgracia ofrecen informaciones hasta cierto punto desfiguradas como consecuencia de un expolio secular.⁹

Sobre estas cuestiones, además de la arqueología, el testimonio literario procura abundante información, muchas veces fruto de un relato estereotipado. La cita que encabeza este epígrafe configura el inicio del relato de Livio¹⁰ sobre la jornada posterior a la derrota romana en Cannas.¹¹ Entonces, señala el autor, los cartagineses se dedicaron a recoger los despojos y a contemplar la masacre (*ad spolia legenda foedamque etiam hostibus spectandam stragem insistunt*). Lo hicieron hasta bien entrado el día (*spoliis ad multum diei lectis*) y, de entre todos los beneficios que aquel botín reportó a Aníbal, puede destacarse la pila de anillos de oro que fueron saqueados a los oficiales romanos muertos.¹² La multitud de difuntos que regó el campo de batalla proporcionaría al bando vencedor diversos e inesperados beneficios. Algunos de ellos colaterales, como la alianza de un joven y distinguido ciudadano de Nola, Lucio Bancio, que

⁸ Tales espacios han sido estudiados como santuarios guerreros. Tanto en Ribemont como en Gournay se hallaron cientos de cadáveres y armas que podrían corresponder a despojos ritualizados. Cf. Brunaux, 1997.

⁹ Bellón Ruiz *et alii* (eds.), 2017; Bellón Ruiz *et alii* (eds.), 2021. El valor ritual de las armas se observa igualmente en otros contextos arqueológicos. Así, por ejemplo, mientras en la Península Ibérica es relativamente común la amortización de espadas, puñales o *soliferra* en ambientes funerarios, restos de armamento han sido localizados también en algunos santuarios itálicos, caso de Pietrabbondante (Isernia) y Rossano di Vaglio (Potenza). *Vid.* Lorrio, 1997: 340; Gabaldón, 2010: 193-194.

¹⁰ Liv. 22.51.5.

¹¹ *Vid.* Daly, 2002: 198.

¹² Diodoro Sículo (25.19) declara que el general los remitió a Sicilia para que fueran medidos y pesados. A continuación, Magón los transportó a Cartago como medida de presión para exigir refuerzos para la guerra en Italia. Livio (23.12.1-2) afirma que el menor de los Bárcidas los expuso dramáticamente en el vestíbulo de la curia cartaginesa. Los más aventurados —señala el patavino— sostienen que su volumen alcanzó los 3,5 modios, pero él mismo considera que no se sobrepasó el modio. Por otra parte, el hecho de que fueran de oro sugiere que procedían de tribunos militares y otros cargos superiores, pues Apiano (*Pun.* 104) señala que por aquellos tiempos los soldados rasos llevaban anillos férreos.

según Livio fue recuperado bajo un montón de cuerpos y a continuación agasajado y restituido en el campamento púnico.¹³

Los resultados del pillaje que nuestro informador atribuye a la batalla de Cannas constituyen solo un ejemplo de los múltiples e imprevisibles lucros que este tipo de prácticas podían proporcionar a los ganadores.¹⁴ No es extraño, por consiguiente, que los historiadores antiguos se hicieran eco del saqueo de cadáveres que romanos y púnicos llevaron a cabo en distintos momentos de la Guerra de Aníbal.¹⁵ Lo hicieron utilizando indiscriminadamente el término *spolia* (σκύλοις), cuyo carácter genérico oculta habitualmente la naturaleza específica del producto rapiñado.¹⁶ Sin embargo, sabemos que cuando esta palabra se relaciona con las víctimas de una batalla o escaramuza tiende a aludir a las armas, panoplias, extremidades cercenadas, joyas y otros objetos sustraídos al cadáver.¹⁷ Es de suponer que también animales de utilidad para la guerra resultasen rapiñados y que, globalmente, los vencedores se apropiaran de los despojos más valiosos o fácilmente detectables, dejando tras de sí un rastro limitado de proyectiles y objetos pequeños como fibulas y monedas.¹⁸

¹³ Liv. 23.14.7-9. Una vez curado de sus heridas, Aníbal liberó con regalos al antiguo socio de los romanos con la intención de que predispusiese a sus conciudadanos a la amistad con los cartagineses. Cf. Sánchez Moreno y García Riaza, 2024 (eds.).

¹⁴ Daly, 2002: 198.

¹⁵ Ejemplos destacados: Plb. 8.31.10, 14.10.2-3; Liv. 21.61.9, 21.51.5, 21.52.1, 23.14.7-9, 24.42.8, 27.2.9-10, 27.42.8, 29.35.3-5; Val. Max. 3.2.6; App. *Pun.* 23.

¹⁶ Las fuentes antiguas recogen un amplísimo abanico de objetos bajo esta nomenclatura, que comprende habitualmente todas las armas, joyas y miembros del cuerpo mutilados como trofeo. No obstante, *spolia* posee una significación mucho más amplia que puede aludir a carros de combate, estandartes militares, máquinas de guerra y artillería, espolones y otros artefactos de ingeniería naval, monedas y lingotes, obras de arte, y en general todos aquellos objetos del enemigo derrotado que se consideraron apropiados para su exposición y desfile en los triunfos (Ostenberg 2009: 19-119; Gracia Alonso, 2017: 164-166). Cabe señalar que los grandes “tesoros” saqueados a los cartagineses en la Segunda Guerra Púnica se obtuvieron en la conquista de ciudades y no en la rapiña de los muertos, siendo los ejemplos más destacables el botín de Escipión en Cartagena en 209 a.C. (Liv. 26.47.5-7), y el de Marcelo en Siracusa en 212 a.C. (Liv. 24.33.9-34; Plut. *Marc.* 14-19). Ambos proporcionaron maquinaria bélica y artillería, y en el segundo de los casos pinturas y esculturas de valor incalculable. Cf. Barrandon, 2018, cap. 6.

¹⁷ Ostenberg, 2009: 19.

¹⁸ Tal y como vendría a corroborar el panorama arqueológico de Baecula. *Vid.* Bellón Ruizet *alii* (eds.), 2017; Bellón Ruizet *alii* (eds.), 2021. Sobre los animales: cf. Brunaux, 1997.

Los diferentes pertrechos de la indumentaria pudieron convertirse, pues, en el botín más frecuente tras los éxitos bélicos. Los generales, que disponían de mecanismos para administrar su acopio y distribución, los utilizaron preferentemente para armar a sus propias tropas.¹⁹ Este *modus operandi* permitió reforzar arsenales, abastecer a las unidades que pudieran estar infradotadas, o simplemente optimizar armamento propio. Este último parece haber sido el objetivo de Aníbal cuando, según Polibio,²⁰ después de la batalla de Trasimeno (217 a.C.) equipó a sus africanos “a la romana” con los despojos de los caídos (μετακαθώπλισε δὲ τοὺς Λίβυας εἰς τὸν Ῥωμαϊκὸν τρόπον ἐκλεκτοῖς ὄπλοις, ὡς ἂν γεγωνὸς κύριος τοσοῦτων σκύλων).

Los *spolia*, sin embargo, aparecen en el testimonio literario ligados a otras funciones. En la Guerra de Aníbal se constata que una parte del botín rapiñado a los muertos se usó para adornar edificios públicos (templos, pórticos y tribunas) y privados, e incluso naves de guerra.²¹ Los acontecimientos posteriores a la derrota romana en Cannas brindan un marco indispensable a esta extendida y antigua costumbre durante el siglo III a.C.²² Livio²³ declara que, como consecuencia de la masacre del ejército romano, el dictador Marco Junio Pera asumió como una de sus primeras medidas políticas la retirada de los despojos que colgaban en

¹⁹ Los principales líderes de la Segunda Guerra Púnica aparecen entregados a la labor de administrar los despojos. Aníbal, por ejemplo, supervisó según Livio la recogida de *spolia* después de Cannas (Liv. 21.51-52), de igual manera que habría hecho Escipión Africano después de expugnar Cartagena y tras la batalla de Zama (Plb. 10.17.6; Liv. 29.35; App. *Pun.* 23). Cf. Clark, 2014: 40; Barrandon, 2018, cap. 6.

²⁰ Plb. 3.87.3

²¹ Escipión Emiliano envió en 146 a.C. a Roma su barco más veloz adornado con los despojos de Cartago como mensaje de su victoria (App. *Pun.* 133). En el bando púnico, Diodoro Sículo (14.62.2) registra la espectacular llegada de Himilcón en 396 a.C. al puerto de Siracusa con 200 naves ornamentadas con el botín de guerra. Por otra parte, hay que considerar que muchos de estos elementos de *spolia* eran expuestos con posterioridad a la ceremonia del triunfo. *Vid.* Clark, 2014: 42. Sobre su empleo en la arquitectura: Rawson, 1990. En cuanto al uso en espacios públicos, destacamos la tribuna de los *rostra* en el foro romano. *Vid.* Stambaugh, 1988: 118-119; Duret-Néradau, 2001: 90-91.

²² La creencia en la antigüedad de esta tradición la atestiguan autores como Diodoro Sículo (4.10.14), quien asegura que regía en tiempos de Heracles. Livio (10.7.9), por otra parte, da testimonio de la misma en los siglos anteriores. Gabaldón (2002-03: 140-142), explica sus vinculaciones con otros horizontes culturales.

²³ Liv. 22.57.10.

templos y pórticos para así poder equipar las tropas de los *socii*.²⁴ Poco después, este mismo magistrado trataría de reemplazar a los senadores que habían muerto a manos de los cartagineses con individuos que tuvieran expuestos *spolia* en sus casas particulares.²⁵ Otras noticias a propósito de la Segunda Guerra Púnica constatan que la ornamentación de espacios cívicos no era un honor reservado exclusivamente a la ciudadanía de Roma.²⁶ Así, por ejemplo, en 214 a.C., tras la instauración de un régimen republicano en Siracusa, aquellos que querían combatir pero no disponían de armamento arramblaron con los despojos que se hallaban expuestos en el templo de Júpiter Olímpico.²⁷

La experiencia romana en la Guerra de Aníbal induce a considerar que los *spolia* exhibidos públicamente poseían un carácter variopinto. Los entregados a los aliados por Junio Pera, por ejemplo, procedían del botín con el que Cayo Flaminio había desfilado en su triunfo tras su victoria contra los galos ínsubres del valle del Po (223 a.C.).²⁸ Por otra parte, sabemos también que Marcelo engalanó la *Vrbs* con el fruto del saqueo de Siracusa en 212 a.C. Obras de arte griego y máquinas de guerra pudieron revestir los templos erigidos por el general en la puerta Capena, tal y como lamentaron unos embajadores siracusanos años después en sede senatorial.²⁹

²⁴ Sobre el carácter extraordinario de esta iniciativa: Zimmermann, 2011: 287; Clark, 2014: 72

²⁵ Liv. 23.23.6. Seleccionó primero a los que hubieran desempeñado magistraturas y también a los que tuvieran una corona cívica. Sea como fuere, poseer *spolia* en el ámbito privado era signo de gran distinción. Valerio Máximo (6.3.1) recuerda, de hecho, que la vivienda del cónsul del 125 a.C. Marco Fulvio Flaco lucía decorada con los despojos de la victoria contra los cimbrios. Cf. Flower, 2006: 76-83; Clark, 2014: 202.

²⁶ De hecho, otros pueblos itálicos también colocaban sus “trofeos” de guerra en casas o santuarios. Ejemplos de ello se pueden apreciar en las pinturas de la necrópolis de *Paestum*, donde aparecen guerreros desfilando con las armas de los vencidos; y en los santuarios de Pietrabbondante y Rossano di Vaglio. Esta tradición también existía entre las poblaciones romanizadas de la Europa septentrional y entre los griegos. *Vid.* Gabaldón 2002-03: 129-131; Gabaldón, 2010.

²⁷ Liv. 24.21.9-10. Es cierto que se trataba de los despojos de los galos e ilirios que Roma había donado a Hierón II. No obstante, sabemos por otros relatos que la costumbre de adornar Siracusa con σκῦλοις enemigos era ciertamente antigua, pues ya Diodoro Sículo (11.25.1) afirma que Gelón los hizo clavar en los muros de los templos tras la batalla de Himera (480 a.C.).

²⁸ Plb. 2.33.9. Cf. Clark, 2014: 72.

²⁹ Liv. 26.32.4-5. Cf. Villar Vidal, 1993: 68 n.73. Hallamos en las fuentes literarias otros muchos casos de armas colgadas en los templos. Así, Pirro ofreció en el santuario de

En cuanto a aquellos *spolia* que lucían en hogares es factible considerar que, si en el año 216 a.C. se convirtieron en llave de acceso al Senado, se trataba de objetos de especial trascendencia y significación. Es plausible que existiesen normas para fijar las armas saqueadas y, de hecho, una serie de pasajes confirman que esta praxis estaba en la mente de los romanos a principios del siglo II a.C.³⁰ Asimismo, la categoría y significación social de los bienes expuestos debían estar en consonancia con la jerarquía del enemigo derrotado, o bien con el mecanismo esgrimido para acabar con él. En el primero de los supuestos encontramos en estos años a un jinete ínsubre aliado de los púnicos, Ducario, quien —a decir de Livio—³¹ después de atravesar al cónsul Flaminio en Trasimeno, intentó sin éxito apoderarse de sus despojos. En contraste, cuando Aníbal se adueñó del cadáver de Marcelo en 208 a.C., lo enterró en lugar de exhibirlo, aunque le arrebató el anillo y con él estampilló una serie de cartas con el objetivo de confundir a la inteligencia romana.³²

En la segunda situación podríamos destacar el intento del jinete campano Cerrino Vibelio, apodado Táurea, de apoderarse de las armas de Claudio Aselo por medio de una monomaquia en 215 a.C.³³ Livio señala que el objetivo del primero, ciudadano romano como su contrincante, era el de apoderarse de sus opimos despojos (*opima spolia victus aut victor caperet*), aunque terminó huyendo y perdió el combate.³⁴ De haber

Atenea Itonia los escudos de los gálatas y macedonios (Leon. *Antol. Pal.* 6.130); los etolios dedicaron también los escudos de los gálatas tras expulsarlos de Delfos en 280 a.C. (Paus. 10.19.4); y cuando Filipo V atacó Termo en 218 a.C. vio quince mil piezas de armamento decorando las estoas de la ciudad (Plb. 5.8.8-9). *Vid.* Gabaldón, 2002-03: 129.
³⁰ *Vid.* Catón (fr. 71. Sbl; fr. 97 ORF⁴); Fabio Píctor (fr. 18 P; fr. 17 FRHist; fr. 24 Chas) y Ennio (*Sabinae* fr. 279 TRF²). De una oración atribuida a un discurso de Catón se infiere la prohibición de colgar despojos si estos no proceden del enemigo. Cf. Coudry, 2009; Ostenberg, 2009: 20; Clark, 2014: 73.

³¹ Liv. 22.6.3-4.

³² Liv. 27.28.1-8; Zonar. 9.9.3-4. Según estos autores el Bárcida pretendía conquistar Salapia, pero los romanos lo descubrieron y la artimaña no surtió efecto.

³³ Liv. 23.46.12-14, 23.47.

³⁴ El patavino utiliza el término *spolia opima* al aludir a los despojos generados por un combate singular. Táurea recuerda en este sentido a Lucio Sicio Dentado, el “Aquiles” romano, quien a mediados del siglo V a.C. regresó a Roma hasta en ocho ocasiones con los restos del enemigo tras una monomaquia. *Vid.* Val. Max. 3.2.24. Cf. Liv. 3.43; Dion. Hal. *Ant. Rom.* 10.36-39; Plin. *N.H.* 22.5; Gell. *N.A.* 2.11. No obstante, respecto a sus líderes, los romanos únicamente tuvieron en consideración tres casos en los que este tipo de botín (*spolia opima*) fue asumido y consagrado según dictaba la tradición. Rómulo lo obtuvo de Acrón, rey de los caeninenses; Aulo Cornelio Coso al derrotar a Lars Tolumno;

obtenido el caballero retador la victoria tras proponer el desafío (*ex provocatione*), es muy probable que los restos de su enemigo hubieran terminado colgados en el dintel de su puerta. Así pues, frente a la terminología esgrimida por el patavino, consideramos más apropiada la nomenclatura *spolia provocatoria*.³⁵

Un caso particular es el de las extremidades amputadas que se utilizaron como trofeos, objetos rituales, o simplemente para generar terror y desazón en el enemigo. La mutilación de los difuntos, pese a registrarse en el mundo grecorromano desde muy antiguo, es un recurso que a menudo se asocia al salvajismo y a la brutalidad del enemigo.³⁶ En los años de la Segunda Guerra Púnica hallamos algunos ejemplos, vinculados casi siempre a una costumbre de origen celta que habría funcionado como *topos* reduccionista en el relato literario.³⁷ En este sentido, Polibio³⁸ configura un escenario dantesco en el marco de la batalla del Tesino (217 a.C.), al exponer que los galos que combatían con los romanos hicieron defección no sin antes decapitar a los soldados de la guarnición que se interponían entre ellos y los cartagineses (κεφαλὰς ἀποτεμόντες τῶν τεθνεώτων

y Marco Claudio Marcelo tras derrotar a Viridómaro, soberano de los galos ínsubres. Otros comandantes (Tito Manlio Torcuato, Valerio Corbino y Escipión Emiliano) dieron muerte a sus rivales tras retarlos a duelo personal, pero frente a los anteriores no ofrecieron sus restos a Júpiter Feretrio, lo que a la postre invalidó su reconocimiento, por lo que estaríamos ante *spolia provocatoria*. Vid. Liv. 1.10, 4.19-20. Cf. Plb. 2.34-34; Dion. Hal. *Ant. Rom.* 51.24; Val. Max. 3.2.4-6; Plut. *Rom.* 13.4-5; Flor. *Epit.* 1.1.11. Cf. Flower, 2000; Gabaldón, 2004: 209-211; Suárez Martínez, 2020.

³⁵ Cf. Versnel, 1970: 309; Ostenberg, 2009: 20-22.

³⁶ La profanación de cadáveres figura como algo estrictamente prohibido entre griegos y romanos, pero su práctica no es inusual. Ya en la *Iliada* (17.126) Héctor propone decapitar el cadáver de Patroclo. En la expedición de los Diez Mil los griegos mutilaron, según Jenofonte (*Annab.* 3.4.5), los cadáveres de los bárbaros. César, por su parte, se hizo con las cabezas de Induciomaro, Pompeyo, y los oficiales de este último (Varo y Labieno), durante la Guerra de las Galias y las Guerras Civiles, respectivamente. Cf. Caes. *B. Gall.* 58; Val. Max. 7.6.5; Plut. *Vit. Pomp.* 79-80; App. *B. Civ.* 2.46; 2.90, 2.105. Cf. Bederman, 2001: 245; Sterckx, 2005: 96-97; Aguilera Durán, 2012: 106-107; Gracia Alonso, 2017: 68 y 149.

³⁷ Los registros sobre esta supuesta praxis son diversos y variopintos. Diodoro Sículo (14.115.5) ya la cita como costumbre étnica (πάτριον ἔθος) en el marco de la batalla de Alia (c. 390 a.C.). Cf. Plb. 22.12; 2.18, 3.18; Diod. 5.29.4-5; Strab. 4.4.5, 4.5.1; Liv. 10.26, 23.24. Esta visión estereotipada ha sido debatida por la historiografía actual. Vid. Aguilera Durán, 2012; Aguilera Durán 2014.

³⁸ Plb. 3.67.2-3.

ἀπεχώρουν πρὸς τοὺς Καρχηδονίους). Livio,³⁹ por su parte, elabora un relato aún más aterrador en relación con la batalla de la Selva Litana, que tuvo lugar un año después, y en la que cayó el cónsul sufecto Lucio Postumio Albino. Los boyos, expone nuestro informador, se apoderaron de los despojos del comandante, cuya cabeza cercenaron, vaciaron y cincelaron en oro para convertirla en copa para libaciones.⁴⁰

Las consideraciones de Polibio y Livio a propósito de las cabezas cortadas sacan a relucir la correspondencia que el testimonio literario efectúa entre tales prácticas y la barbarie. Ello no es óbice, sin embargo, para que también ocasionalmente los propios romanos utilizaran este tipo de mecanismos para amedrentar al enemigo.⁴¹ Al menos esa es la impresión que transmite Livio,⁴² quien asegura que Cayo Claudio Nerón conservó la cabeza de Asdrúbal Barca, de la cual se había apoderado como consecuencia de su victoria en el Metauro (207 a.C.), con el fin de exponerla ante sus prisioneros africanos, que una vez liberados se convirtieron en testigos de este horror ante Aníbal.

Otros despojos que poseían un gran valor pudieron atesorarse con fines exclusivamente crematísticos. Aquí encajaría, por ejemplo, la ingente cantidad de brazaletes y torques de oro que los Escipiones acopiaron en 215 a.C. a costa de unos galos fallecidos en Hispania, y que con probabilidad se destinaron al sustento del ejército en el exterior.⁴³ En el caso púnico, los anillos de Cannas debieron destinarse a costear el

³⁹ Liv. 23.24.11-12. Cf. Zonar. 9.3.4.

⁴⁰ El uso de cabezas como vasos rituales es un cliché asociado a los bárbaros que encontramos en Silio Itálico (*Pun.* 13.483-484) y Floro (*Epit.* 1.39), el segundo aludiendo a los ilirios. Cf. Aguilera Durán, 2012: 104-105; Gracia Alonso, 2017: 68. Para este último (2017: 59), en los casos en los que se produjo, el saqueo y exhibición de partes del cuerpo del enemigo derrotado pudo albergar una ideología basada en la incautación metafórica de su fuerza y habilidades.

⁴¹ Así lo constata una acuñación de 116-115 a.C. (*RRC* 286/1), que muestra a un jinete romano sobre un caballo rampante exhibiendo la cabeza cortada de un gallo. Por otra parte, la decapitación en la literatura grecorromana aparece como castigo ejemplarizante. Lo observamos también en la Segunda Guerra Púnica, cuando unos senadores de Capua fueron decapitados tras su ejecución en 211 a.C. (Liv. 26.25). *Vid.* Gracia Alonso, 2017: 130 y 146. Cf. Burns, 2003: 43; Clark, 2014: 72.

⁴² Liv. 27.51.11-13. Cf. Zonar. 9.9.12.

⁴³ Toda vez que el estado había revelado a los generales su indisposición de hacerse cargo del sustento bélico en Hispania. *Vid.* Liv. 24.42.8. Cf. Rosselló Calafell, 2009-10: 20-24.

reclutamiento de refuerzos para la guerra.⁴⁴ Apiano,⁴⁵ de hecho, señala que ya el botín ibérico que Amílcar y Asdrúbal el Hermoso habían destinado periódicamente a Cartago en forma de regalos durante sus campañas había pasado a engrosar las arcas del tesoro.

Finalmente, entre las diversas funciones que los vencedores atribuyeron a los *spolia*, destaca en la Guerra de Aníbal su transformación en ofrendas religiosas. A propósito de esta cuestión, Livio⁴⁶ asume que el legado Fabio Píctor, que regresaba de visitar el santuario de Delfos en 216 a.C., traía escrita una declaración del oráculo que, entre otras cosas, exigía una ofrenda a Apolo Pítico con los despojos del conflicto. No es inviable que nos hallemos ante un escenario fabricado por el patavino o su fuente, el propio Píctor, para ejemplificar la *pietas* romana.⁴⁷ Lo cierto es que el Livio⁴⁸ da continuidad al episodio cuando narra que en 205 a.C., durante la preparación de su campaña africana, Escipión envió embajadores a Delfos con un espléndido donativo generado por el botín de Asdrúbal Barca en Baecula (*tulerunt coronam auream ducentum pondo et simulacra spoliorum ex mille pondo argenti facta*). El dadivoso gesto sería correspondido por la pitia con la predicción de la victoria romana en Zama, acontecimiento que zanjaría la trama.⁴⁹

El protagonismo de Escipión como paradigma de la religiosidad romana en la Segunda Guerra Púnica no puede ser anecdótico. El héroe del conflicto es descrito en 204 a.C. entonando una oración a los dioses ante el ejército. En ella rogaba el regreso de África con los despojos de Cartago.⁵⁰ Tanto la escena, que presenta al *imperator* en la proa de la nave capitana en Sicilia, como el discurso, parecen ser un producto de la elegante narrativa de Livio.⁵¹ Todo encaja en su composición para que Escipión termine entregando a las divinidades los *spolia* de los cartagineses. Asimismo, el general exhibe su *pietas* incendiando el botín

⁴⁴ Liv. 21.61.9, 23.12.1-2, 27.51.11-13; Diod. Sic. 25.19; App. *Pun.* 133. Cf. Rosselló Calafell, 2022: 49.

⁴⁵ App. *Hisp.* 8. Cf. Barrandon, 2018, cap. 6.

⁴⁶ Liv. 23.11.1-4.

⁴⁷ *Vid.* Scheid 2015. Cf. Richardson, 2015.

⁴⁸ Liv. 28.45.12.

⁴⁹ Liv. 29.10.7. Cf. Bernard, 2015: 46-47.

⁵⁰ Liv. 29.27.1-4.

⁵¹ Sobre la utilización del personaje de Escipión Africano como *exemplum* por parte de Livio, *vid.* Torregaray Pagola, 1998; Lushkov, 2014; Chaplin, 2015: 111-112; Beltramini-Rocco, 2020.

en otras dos ocasiones, sacrificio que dedica a Vulcano.⁵² Un pasaje de Livio⁵³ sostiene que en 203 a.C. consagró de este modo el conjunto de las armas saqueadas del campamento cartaginés. Al año siguiente, según Apiano,⁵⁴ quemó, ceñido para el ritual, los despojos menos valiosos (τὰ μὲν ἄχρηστα τῆς λείας ἐνεπιμπρη διαζωσάμενος αὐτός).

De la afirmación del escritor alejandrino puede inferirse que la costumbre ritual de la cremación en el campo de batalla pudo estar reservada a los restos de menor valor.⁵⁵ La ceremonia religiosa, por otra parte, no estaba exenta de pragmatismo al inutilizar las armas para el enemigo.⁵⁶ En cualquier caso, la consagración del botín al fuego de Vulcano denota un simbolismo purificador, similar hasta cierto punto al de otras ceremonias religiosas.⁵⁷ El hecho de que también en 215 a.C. Marco Marcelo desarrollase esta práctica tras una escaramuza con Aníbal, podría ser indicativo de que en el siglo III a.C. era habitual entre los romanos.⁵⁸

2. TUM SEPULIENDI CAUSA CONFERRI UNUM CORPORA SUORUM IUSSIT. HONRAS FÚNEBRES PARA LOS CAÍDOS Y MANIPULACIÓN DE CADÁVERES

Las consecuencias de la batalla de Cannas vuelven a reflejarse en este epígrafe. Livio⁵⁹ sostiene que Aníbal ordenó reunir los cuerpos de los suyos para darles sepultura, dejando a los enemigos a la intemperie. Este pasaje y otros muchos similares en la Segunda Guerra Púnica evidencian la responsabilidad de los líderes militares de hacerse cargo del entierro de

⁵² Sobre la relación entre Vulcano o Hefesto y los despojos, *vid.* Gabaldón, 2007; Matteo, 2007.

⁵³ Liv. 30.6.9.

⁵⁴ App. *Pun.* 48.

⁵⁵ Práctica que perduró hasta época imperial. Gabaldón (2004: 213-214; 2007: 582) le atribuye orígenes etruscos, y recuerda que la cremación se ha vinculado también a otras divinidades como Marte, Minerva, y especialmente a la diosa *Lua Saturni* o *Lua Mater*.

⁵⁶ Tal y como señala Fabio Píctor (fr. 18 P; fr. 17 FRHist; fr. 24 Chas). Cf. Clark, 2014: 73.

⁵⁷ Canter, 1932; Hubert-Mauss, 1981: 26-28; Gabaldón, 2004: 213-214; Gabaldón, 2007: 582. No olvidemos que durante las *Volcanalia* se sacrificaba pescado y pequeños animales arrojándolos al fuego.

⁵⁸ Liv. 23.46.3-5.

⁵⁹ Liv. 22.52.6.

sus soldados muertos,⁶⁰ algo que no siempre fue posible, y que contrasta con otras tradiciones culturales en las que los muertos se dejaban expuestos.

Los romanos, como los griegos, tenían la convicción de que, en general, sus caídos no podían yacer indiscriminadamente después de morir en combate. Pero en el seno del mundo helénico existían también diferencias. Atenas difundió el ideal de erigir monumentos (τρόπαια) en los campos de batalla y repatriar los cuerpos para darles sepultura en la polis,⁶¹ pero lo habitual en la mayoría de ciudades-estado fueron los entierros en fosas comunes bajo un túmulo (πολυανδρία)⁶². Este tipo de sepulturas improvisadas e *in situ* se aprecian en varias ocasiones en la Segunda Guerra Púnica. Así, en 215 a.C. tanto Marcelo como Aníbal se pusieron de acuerdo para dedicar una jornada a inhumar a sus caídos después de una batalla (*posterum diem indutiis tacitis sepeliendo*).⁶³ En 207 a.C. fue Cayo Claudio Nerón quien ofreció un sepelio a sus difuntos tras derrotar al Bárcida en Grumento.⁶⁴ Ejemplos como estos revelan la existencia de una preocupación de los comandantes romanos por honrar a los caídos.⁶⁵ Otros pasajes, sin embargo, obvian esta cuestión o dan a entender que las autoridades de la *Vrbs* se mostraron despreocupadas ante

⁶⁰ En la Guerra de Anibal encontramos diversos ejemplos. *Vid.* Plb. 3.85.5-6; Liv. 22.7.5, 22.52.6, 23.46.3-5, 25.26.9-12, 27.2.9-10, 27.42.8, 29.9.9-11, 29.18.13-14. Por citar algunos casos paralelos en el Mediterráneo helenístico: Polibio (5.10.4, 5.86.3, 22.6) afirma que tras la batalla de Queronea (338 a.C.) Filipo rindió honores a los difuntos; costumbre que también llevaría a cabo Ptolomeo IV en el contexto de la batalla de Rafia (217 a.C.). Cf. Gabaldón, 2008: 113-120.

⁶¹ La creencia griega imponía la obligación ineludible de rendir honores (τιμῆ) a los muertos en la guerra. Atenas erigió un gran túmulo en la llanura de Maratón (490 a.C.), y en 406 a.C. condenó a ocho de sus στρατηγοί por no haberse encargado de sus difuntos, proceso que Sócrates trató de detener. Esparta, por su parte, constituye una excepción parcial a esta norma, pero también levantó un monumento en las Termópilas. *Vid.* Hdt. 7.228; Tuc. 2.34.1-8. Cf. Rice, 1993: 27 y 225; Bedermanm 2001: 360; Chrisanthos, 2008: 36 y 64-65; Gabaldón, 2008: 117; Low, 2011: 3; Marchiandi-Mari, 2016; Engerbeaud, 2017: 50; Gracia Alonso, 2017: 7-44; Pritchard, 2022.

⁶² Una preocupación en cierta manera global entre los seres humanos, pero con grandes diferencias culturales. *Vid.* Gabaldón, 2008: 117.

⁶³ Liv. 23.46.3-5.

⁶⁴ Liv. 27.48.2.

⁶⁵ Bedermanm 2001: 360; Chrisanthos, 2008: 36 y 64-65; Low, 2011: 3; Marchiandi-Mari, 2016; Engerbeaud, 2017: 50; Gracia Alonso, 2017: 7-44; Pritchard, 2022.

sus víctimas, lo que Ostenberg⁶⁶ ha puesto en relación con la cultura de la victoria que Roma quiso exportar al exterior.

En la Guerra de Aníbal el entierro de los caídos es, pues, un procedimiento que desarrollan romanos y cartagineses por igual⁶⁷. Durante el conflicto se observan acciones que denotan inquietud por el tratamiento de los cadáveres,⁶⁸ pero esta es pragmática y consiente el sepelio en fosas comunes cuya ubicación no se señala, frente a la práctica griega.⁶⁹ Esta conducta se ha vinculado con las creencias romanas de ultratumba, que consideraban que los cuerpos que no eran tratados podían llegar a convertirse en espíritus atormentados.⁷⁰ Además, los muertos expuestos (*insepulti*) entraban en un proceso de degradación orgánica, provocaban repulsión y eran potenciales focos de epidemias, por lo que se prescribía hacerse cargo de ellos.⁷¹

Por otra parte, aunque lo habitual es que los caídos fuesen inhumados, observamos también prácticas de incineración. Romanos y cartagineses, tal como recuerda Apiano,⁷² quemaron a sus difuntos en los años de sus enfrentamientos.⁷³ Este mecanismo es una muestra del pragmatismo que imponía acelerar el desarrollo de las honras fúnebres según el contexto bélico. El propio Plinio⁷⁴ recuerda que al principio los romanos enterraban a sus muertos, pero cuando la guerra se extendió a lugares remotos muchos magistrados se decantaron por la cremación. De esta manera, ni las tropas perdían más tiempo del que disponían, ni los cuerpos podían ser desenterrados y desvalijados o vejados *a posteriori*.

Huelga decir que la jornada que los generales dedicaban a honrar a sus caídos coincidía con el pillaje de los despojos. Durante varias horas la oficialidad supervisaba la exploración del campo de batalla y ordenaba rematar a los heridos del bando enemigo, salvo quizás si existía la posibilidad de tomarlos como prisioneros.⁷⁵ Este es precisamente el

⁶⁶ Ostenberg, 2014: 264

⁶⁷ Gabaldón, 2008.

⁶⁸ Sidebottom, 2004: 104; Hölscher, 2003: 22-23; Lendon, 2005: 3; Clark, 2014: 22.

⁶⁹ Paturet, 2018. Cf. Gabaldón, 2008.

⁷⁰ Jobbé-Duval, 1924: 25-31; Paturet, 2018.

⁷¹ Tal y como recuerda el relato de Tácito (*Ann.* 1.61) sobre los muertos dejados a la intemperie en el campo de batalla de Teotoburgo (9 d.C.). Cf. Paturet, 2018.

⁷² App. *Pun.* 104. Cf. Clark, 2014: 28.

⁷³ Liv. 27.9.9-11.

⁷⁴ Plin. *N.H.* 7.54

⁷⁵ Daly, 2002: 199.

escenario que Livio⁷⁶ configura a propósito de la batalla de Cannas, que permitió que los cartagineses se entregaran al saqueo y a las honras fúnebres mientras que, por el contrario, los cadáveres romanos se dejaron pudrir.⁷⁷ Tales eran algunos los beneficios del vencedor que, al menos temporalmente, se arrogaba un estatus de superioridad moral.⁷⁸

La descripción que realiza Livio⁷⁹ del campo de Cannas es, pese a su carácter arquetípico, un paradigma del horror que podía experimentarse con posterioridad al enfrentamiento armado. El patavino esboza, valiéndose de un hábil dramatismo literario destinado a la conmiseración hacia los perdedores,⁸⁰ un escenario en el que miles de cadáveres cubrían la llanura. Entre la muerte, señala, los heridos que despertaban espabilados por el relente de la mañana que recrudecía sus heridas eran rematados sin miramientos (*ab hoste oppressi sunt*). Otras escenas son más espeluznantes: hombres amputados que suplicaban que se les quitase la vida; individuos asfixiados *motu proprio* al introducir sus cabezas en agujeros que ellos mismos habían excavado y cubierto de tierra; y un nómida con la nariz y las orejas destrozadas que, con las extremidades inutilizadas, había asesinado a su enemigo con los dientes.⁸¹

Las fuentes indican que los cartagineses se adueñaron del espacio bélico aquel 3 de agosto del 216 a.C. y, además de apoderarse de los *spolia* y sepultar a los suyos, lograron hacer un buen número de prisioneros.⁸² Pero el desenlace de los acontecimientos no siempre fue así. Numerosas noticias constatan que en ocasiones los combatientes acordaban a través de heraldos (*nuntii*) la concesión de treguas (*indutiae*) provisionales para poder atender a los caídos en la batalla.⁸³ La interrupción temporal de las hostilidades en tales circunstancias era una convención que podía darse ocasionalmente entre los representantes de estados presuntamente “civilizados”.⁸⁴ En estas ocasiones los generales tenían la posibilidad de

⁷⁶ Liv. 22.51-53.

⁷⁷ La misma imagen, pero a la inversa, es también esbozada por el patavino (Liv. 27.19) en relación con la batalla de Baecula. Cf. Plb. 10.39.40.

⁷⁸ Engerbeaud, 2017: 227.

⁷⁹ Liv. 21.51.5-9.

⁸⁰ Levene, 2010: 10.

⁸¹ Sobre la construcción estereotipada de masacres en el campo de batalla: *vid.* Barrandon, 2018, cap. 2.

⁸² Liv. 22.58-59. Cf. Aul. Gell., *N.A.* 6.18, Cass. Dio 16.57.36; Zonar. 9.6.11.

⁸³ Bederman 2001: 246 y 26. Cf. García Riaza, 2021: 131-132.

⁸⁴ Giovannini, 2001: 548.

hacer recuento de las bajas, redistribuir equipos y, en definitiva, evaluar el coste real de la derrota.⁸⁵ Durante la Segunda Guerra Púnica esta práctica se observa después de enfrentamientos cuyo resultado no es abrumador. Así, por ejemplo, cartagineses y romanos pactaron una tregua después de la batalla de Nola (215 a.C.), que Livio⁸⁶ caracteriza como victoria de Marcelo, aunque a tenor del resultado parece más bien que habría terminado en tablas.

La petición de *indutiae* refrenda que los líderes de la Guerra de Aníbal atendieron a sus víctimas cuando les resultó posible,⁸⁷ pues la negligencia en este sentido podía despertar simbólicamente la “ira divina”,⁸⁸ Sin embargo, en el foco principal del interés por tributar honras fúnebres a los caídos se hallaban los valores aristocráticos, impuestos por su específico código de honor.⁸⁹ Polibio⁹⁰ declara que, después de la batalla del Tesino, Aníbal mandó descansar a sus tropas para ocuparse personalmente de sepultar a sus muertos más ilustres (τὴν δ’ ἑαυτοῦ δύναμιν ἀνελάμβανε καὶ τῶν νεκρῶν τῶν ἐκ τῆς σφετέρας δυνάμεως τοὺς ἐπιφανεστάτους ἔθαψε). Apiano,⁹¹ por su parte, expone para la Tercera Guerra Púnica un relato en el que es Escipión Emiliano quien ruega la entrega de sus tribunos militares para enterrarlos. Esta idea es más evidente cuando los difuntos son los comandantes del ejército. Entonces, incluso el enemigo demuestra compasión, pues la ejemplaridad —para los autores antiguos— es un rasgo fundamental de las elites económicas y políticas.⁹² Así, después de algunas de sus grandes victorias en Italia, Aníbal pierde la vitola de bárbaro y

⁸⁵ Clark, 2014: 28.

⁸⁶ Liv. 23.46.

⁸⁷ Los casos en los que no podía enterrarse a los hombres coinciden con la apropiación por parte del enemigo del campo de batalla o con circunstancias excepcionales, como el asedio de Siracusa. Cf. Liv. 22.7, 22.52-53, 25.26.9-11.

⁸⁸ Al menos eso es lo que se desprende de un texto de Diodoro Sículo (24.9.2-3), que señala que el cónsul Fundanio padeció graves pérdidas frente a los cartagineses por haber rechazado con arrogancia una tregua propuesta por Amílcar para enterrar a los muertos en 242 a.C.

⁸⁹ Landrea, 2019: 290; Beck *et al.* (eds.), 2021.

⁹⁰ Plb. 3.85.5-6.

⁹¹ App. *Pun.* 104.

⁹² Landrea, 2019: 291. Polibio (6.54) hace hincapié en esta circunstancia al describir con esmero los funerales de la aristocracia romana y no de los sectores populares. Cf. Barrandon, 2018, cap. 5.

tributa con enorme dignidad exequias fúnebres a los generales romanos caídos en la batalla.⁹³

Las anteriores referencias hacen suponer que, en tanto que para los oficiales las honras fúnebres debían ser solemnes, la soldadesca era sepultada sin demasiado esmero en fosas comunes.⁹⁴ Lo que parece evidente es que, a tenor de la gran cantidad de noticias que poseemos al respecto, las actitudes negligentes por parte de los generales a propósito de sus muertos podían llegar a ser censuradas por sus contemporáneos.⁹⁵ En este caso resulta representativo el escenario que construye Silio Itálico⁹⁶ en torno a las matronas romanas después de la batalla del Trasimeno, algunas de las cuales lloran por sus vástagos que no han regresado y lamentan que no se les haya dado una digna sepultura.

Este tipo de composiciones dramáticas estarían relacionadas con la creencia de que aquellos individuos que no eran enterrados en base a determinados preceptos litúrgicos corrían el riesgo de convertirse en almas *larvae* o *lemures*.⁹⁷ Tal contenido metafórico debía figurar en el marco imaginario de aquellos que se dedicaban a mutilar a los cadáveres. Bajo este tipo de conductas subyace una ideología basada en la dominación del enemigo derrotado incluso después de la muerte. Con ello el vencedor, además de arrebatar la vida a su oponente, lo humilla y castiga por las acciones que llevó a cabo durante su vida. Su cuerpo y —principalmente— sus extremidades se convierten así en un artefacto simbólico perfectamente manipulable.⁹⁸ Tales concepciones regían entre los griegos que, como los romanos, entendían que la exposición y la mutilación de difuntos eran costumbres bárbaras.⁹⁹

⁹³ Nos referimos a Flaminio (217 a.C.), cuyo cuerpo no fue hallado; Emilio Paulo (216 a.C.); Tiberio Graco (212 a.C.); y Marco Marcelo (208 a.C.). Cf. Liv. 22.52.6, 25.16-17, 27.28; Diod. Sic. 26.6. Val. Max. 1.1.6, 1.1.9, 5.1.6; Plut. *Marc.* 30. Cf. Carawan, 1984.

⁹⁴ Paturet, 2018.

⁹⁵ Bederman, 2001: 259.

⁹⁶ Sil. Ital. *Pun.* 287-587. Cf. Kubler, 2017. El poeta épico configura desde su óptica alejada de los hechos un relato cuya historicidad ha de ser puesta en tela de juicio. *Vid.* Gibson, 2009.

⁹⁷ Thaniel, 1973; Bederman, 2001: 245 y 257.

⁹⁸ Gracia Alonso, 2017: 44.

⁹⁹ Heródoto (7.238, 9.78-79) deja constancia de esta idea a lo largo de la Segunda Guerra Médica. Así, mientras el persa Jerjes, barbarizado según la cosmovisión griega, buscó el cuerpo de Leónidas para cortarle la cabeza y empalarla en una pica, solo un año más tarde el espartano Pausanias se enfadó y reprimió a Lampón cuando este le solicitó hacer lo

En este sentido, los romanos parecen haber heredado el pensamiento heleno. Para ellos la manipulación de cuerpos era también algo execrable, un emblema de la barbarie, como ya hemos observado. Por esta razón, los líderes militares de la *Vrbs* únicamente hicieron uso de esta práctica en la Guerra de Aníbal —si seguimos a los historiadores antiguos— como castigo tanto del enemigo, como de los soldados díscolos. En esta línea puede entenderse la exposición de la cabeza de Asdrúbal Barca tras el Metauro,¹⁰⁰ como también otros relatos que recogen escarmientos entre los propios romanos. Así, por ejemplo, Polibio¹⁰¹ explica que los cuerpos de los conspiradores del Sucro fueron arrastrados y exhibidos en medio del campamento como escarnio (206 a.C.). Livio,¹⁰² por su parte, sostiene que en 205 a.C. el propretor Pleminio, jefe de la guarnición de Locros, torturó a unos tribunos militares y no contento con el martirio que habían sufrido en vida, los dejó tirados sin sepultura (*suppliciis interfecit nec satiatus vivorum poena insepultos proiecit*).

Ambos capítulos, contrastados con otros de diferentes épocas,¹⁰³ sostienen la idea de que la exposición del cadáver y su mutilación, sumada a la privación de honras fúnebres, era percibida como una condena póstuma.¹⁰⁴ En la órbita helenística, los cartagineses pudieron haber compartido esta ideología, si tenemos en cuenta pasajes como aquel en el que Polibio¹⁰⁵ declara que durante la Guerra Inexpiable (241-238 a.C.) se lamentaron por el hecho de que los bárbaros maltratasen a sus víctimas, a las que no pudieron enterrar. En otras ocasiones, sin embargo, los púnicos son tipificados bajo el cliché de salvajes al hacer uso de los cuerpos de sus enemigos como elementos de ingeniería militar. Según Livio,¹⁰⁶ el cónsul Varrón denunció ante una audiencia capuana la rudeza de los africanos,

mismo con el difunto Mardonio. Cf. Sidebottom, 2004: 122; Aguilera Durán, 2012: 107; Aguilera Durán, 2014: 296-297; Gracia Alonso, 2017: 142

¹⁰⁰ Liv. 27.51.11-13; Zonar. 9.9.12.

¹⁰¹ Plb. 11.30.4.

¹⁰² Liv. 29.9.11, 29.18.13-14.

¹⁰³ Apiano (*Sam.* 3) se hace eco del suplicio aplicado a unos amotinados en 282 a.C., a quienes el cónsul Fabricio mandó azotar en mitad del Foro, decapitar y arrojar sus cuerpos sin enterrar. El propio alejandrino (*Mith.* 52) señala que en el año 86 a.C. Lucio Valerio Flaco fue asesinado por Cayo Flavio Fimbria, que le cortó la cabeza y la arrojó al mar, dejando el cadáver insepulto.

¹⁰⁴ Valerio Máximo (4.4.2, 4.7.1, 5.5.1b) reflexiona en diversos pasajes sobre el infortunio que supone para un difunto carecer de un funeral adecuado.

¹⁰⁵ Plb. 1.82.10.

¹⁰⁶ Liv. 23.5.12-13.

pues hacían puentes y diques con los difuntos. La intención del cónsul, o más bien del patavino, es la de convencer a los embajadores de que no abandonen la alianza con Roma, ya que en el bando enemigo prevalece la brutalidad. Esta misma dicotomía romanidad-barbarie a través de la manipulación de los muertos se reproduce en otros pasajes de la Guerra de Aníbal con la intención más que evidente de malear nuestras simpatías.¹⁰⁷

En este sentido, cabe preguntarse si este tipo de conductas se esgrimen y magnifican a nivel literario para configurar el *topos* de la alteridad del extranjero. Aun así, sabemos que los celtas y otros pueblos esperaban que los cuerpos fuesen devorados por animales psicopompos, carroñeros voladores en el caso de la céltica hispana, y el registro arqueológico nos pone igualmente sobre esta pista.¹⁰⁸ Por consiguiente, es posible que en algunos casos simplemente nos hallemos ante hábitos religiosos con arraigo que sufrían la incompreensión de los historiadores grecolatinos.

CONCLUSIONES

Del mismo modo que comenzábamos este trabajo citando la *Iliada*, sus versos pueden resultar útiles para comprender que nos hallamos fundamentalmente ante una cosmovisión. La obra de Homero define hasta cierto punto cuáles deben ser los mecanismos de actuación ante la muerte en batalla, clasificando el abandono de los cuerpos como rasgo identificativo de incivilización.¹⁰⁹ Sus paradigmas morales impregnarían el universo literario grecorromano y, de la misma manera que Aquiles lanzó contra Héctor amenazó de forma “inmoral” con entregar su cadáver a los perros,¹¹⁰ los heroicos espartanos de las Termópilas no quedaron insepultos,¹¹¹ como tampoco los caídos en Platea.¹¹² Conductas todas ellas

¹⁰⁷ Plb. 15.14.1; Liv. 26.6.2; Val. Max. 9.2. Cf. Koon, 2011: 91-92; Paturet, 2018. Resulta significativo, no obstante, que los romanos utilizarán también este tipo de argucias en otros conflictos, pero en esos casos será la “necesidad” la que las justifique. En estos términos describe Valerio Máximo (7.6.5) la construcción de un parapeto de cuerpos en Munda. Cf. Chrisanthos, 2008: 157.

¹⁰⁸ Curchin, 1995; Sopeña, 1995; Brunaux, 1997; Alfayé, 2004: 67; Aguilera Durán, 2014: 297; Sanz Mínguez, 2020; Suárez Martínez, 2022. Cf. Plut. *Art.* 18.7; Cic. *Tusc.* 1.45.108

¹⁰⁹ Ejemplos: Hom. *Il.* 16.846, 22.334, 22.338.

¹¹⁰ Hom. *Il.* 22.334.

¹¹¹ Hdt. 7.224; Paus. 3.14.1.

¹¹² Plut. *Arist.* 21.

arraigadas a una determinada cosmovisión, que se reflejarían siglos más tarde en los juicios éticos de la narración de los historiadores prorromanos.

Tales debates en torno al tratamiento de los difuntos abundarán en el testimonio literario. En la *Tebaida*, por ejemplo, Antígona confiere sepultura a su hermano Polinices frente a los designios de Creonte, rey de Tebas,¹¹³ induciendo al lector a preguntarse en qué medida también alguien acusado de traición es merecedor de exequias fúnebres. Este tipo de cuestiones morales se reflejarán en el contexto de la Guerra de Aníbal, configurando un escenario en el que los romanos se erigen como el modelo a imitar. Este “romanocentrismo” se destila tanto de la naturalidad con que Polibio expone la vejación a los restos de los amotinados de Sucro, como de las reiteradas informaciones de Livio a propósito de las honras a los difuntos.

La Segunda Guerra Púnica se convertirá, pues, en un campo abonado para el enfoque etnocéntrico, presentando a menudo una dicotomía entre “romanidad” y alteridad o barbarie. Las costumbres más “salvajes” serán imputadas sistemáticamente al enemigo. Por el contrario, cuando las mismas actuaciones sean ejecutadas por generales romanos serán justificadas. Cabezas cortadas, cuerpos mutilados e *insepulti* se convierten así en castigos moralizantes que mancillan la imagen del extranjero, pero no la propia. Tal es el retrato arquetípico y reduccionista que encontraremos para los celtas y fundamentalmente para los cartagineses, cuyo líder, Aníbal, es descrito por Livio como poseedor de *inhumana crudelitas*.¹¹⁴ Los escritores antiguos reproducen para los extranjeros del siglo III a.C. similares conductas “aberrantes” a las que podemos encontrar centurias antes imputadas a persas en las Guerras Médicas y a los púnicos en los conflictos de Sicilia.¹¹⁵

Frente a los romanos, los cartagineses se nos presentan, pues, encasillados en el cliché del “bárbaro”, y solo su comandante se libera ocasionalmente de esta condición al apiadarse sistemáticamente de los cuerpos de los cónsules romanos, a quienes dignifica con exequias funerarias. Esta conducta, sin embargo, no es el fruto de su naturaleza púnica o “civilizada”, sino más bien la consecuencia de un *ethos*

¹¹³ Aesch. *Sept.* 975-1075.

¹¹⁴ Liv. 21.4.9.

¹¹⁵ Hdt. 9.83; Diod. Sic. 13.60-63.

aristocrático, análogo al de sus homólogos romanos, una concepción “clasista” que caracteriza también al testimonio literario.¹¹⁶

Ahora bien, la *pietas* es generalmente una característica distintiva de los romanos. La monopolizan los generales de la República, aunque estos en ningún caso den sepultura a un enemigo cartaginés, ni siquiera cuando tienen la oportunidad, como tras la batalla del Metauro. Por contraste, muestran una enorme conmiseración hacia sus propios difuntos y se revelan escrupulosos con las divinidades, que son obsequiadas con los despojos del enemigo. La relación que Livio —a partir de Fabio Píctor— edifica progresivamente en su obra entre Escipión y Apolo Pítico es un ejemplo no solo de fidelidad religiosa, sino de que la fortuna y la mano de los dioses guían de manera inequívoca el destino de Roma.

Pero no todo son generalizaciones. Observamos en el desarrollo de la guerra algunos patrones que podrían ser indicativos de una praxis diplomática común en el marco del derecho de gentes (*ius gentium*) y del derecho de guerra (*ius belli*).¹¹⁷ Experiencias propias de la *consuetudine*, como la comisión de *nuntii* o ἀγγελοι como solicitantes de *indutiae* con el objetivo de enterrar a los muertos en el campo de batalla, constituyen paradigmas compartidos en la misma época por Ptolomeo IV, Aníbal y magistrados romanos como Marco Marcelo. En esta línea, los cartagineses, con una importante vinculación cultural con el mundo helenístico, y bajo la dirección de un general en jefe que persigue la *imitatio Alexandri* en busca de alianzas,¹¹⁸ actúan en sintonía con las prácticas grecorromanas. De alguna manera, el escenario bélico es indicativo de la existencia de un lenguaje hasta cierto punto “internacional” en la *koiné*.¹¹⁹

Otro punto a tener en cuenta, y que conecta el relato de los historiadores antiguos con la arqueología, es el sistemático saqueo de los campos de batalla. Las prospecciones de *Baecula* pueden ponerse en relación con las palabras de Livio,¹²⁰ quien alega que Escipión cedió a la tropa el botín (*omnem praedam militibus concessisset*). Esto mismo puede extrapolarse a la exposición de las armas del enemigo (*spolia hostium*),

¹¹⁶ Rosenstein, 1990. Cf. Sopeña, 2004; Beck et al. (eds.), 2021.

¹¹⁷ García Riaza, 2011: 33-34.

¹¹⁸ San José Campos, 2020.

¹¹⁹ *Vid.* Bederman, 2001.

¹²⁰ Liv. 27.19.2.

que encontramos tanto en algunos santuarios itálicos,¹²¹ como en la Roma posterior a Cannas descrita por el patavino. De ello podría deducirse que la *dignitas* atribuida a los héroes de guerra poseedores de este tipo de trofeos era enorme, si como asume Livio en 216 a.C. extraordinariamente dio acceso al Senado. Se proyectan así modelos ideológicos que ya encontramos en la *Iliada* —donde Áyax y Odiseo se disputan las armas de Aquiles— y en otros horizontes del mundo griego, constatando la transmisión de esa cosmovisión.

También en relación con el testimonio arqueológico, las fuentes literarias atestiguan que cuando las armas no se toman como parte del botín son amortizadas e incineradas simbólicamente bajo una pátina de devoción religiosa. Esta conducta nos recuerda a las prácticas de inutilización halladas en el mundo celtibérico, donde se sospecha que los elementos perecederos eran destruidos en piras, o incluso a las de Europa septentrional, donde las armas son “sacrificadas” metafóricamente al ser arrojadas a las aguas.¹²²

No puede decirse, en definitiva, que Segunda Guerra Púnica constituya un caso especial en el Mundo Antiguo respecto a las cuestiones abordadas. Es cierto que fue un conflicto multicultural, pero el enfoque literario es etnocentrista, y las diversas actitudes ante los escenarios después de la batalla son estereotipadas, como consecuencia de una determinada cosmovisión. El conflicto con Aníbal sería durante mucho tiempo un recuerdo traumático para los romanos, por lo que resulta lógico que sus historiadores lo rememorasen desde una óptica subjetivista y ejemplarizante.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Durán, Tomás (2012), “Posidonio estremecido. Revisando el estereotipo céltico del ‘cortador de cabezas’”, en Ainoa Castro Correa *et alii* (eds.), *Estudiar el pasado: aspectos metodológicos de la investigación en Ciencias de la Antigüedad y de la Edad Media*, Barcelona, Archaeopress. BAR International Series, pp. 101-110.

¹²¹ Gabaldón, 2010: 193-194.

¹²² Gabaldón, 2001; de Francisco, 2012: 50.

Aguilera Durán, Tomás (2014), “El rito celta de las cabezas cortadas en Iberia: revisión de un tópico historiográfico”, en Marta Chordá Pérez y Francisco Burillo Mozota (eds.), *Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones: VII Simposio sobre Celtíberos*, Teruel, Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 295-302.

Alfayé, Silvia (2004), “Rituales de aniquilación del enemigo en la ‘estela de Binéfar (Huesca)”, en Jaime Alvar y Liborio Hernández Guerra (coords.), *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo: actas del XXVII Congreso Internacional Girea-Arys IX: Valladolid, 7-9 de noviembre 2002*, Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 63-76.

Barrandon, Nathalie (2018), *Les massacres de la République romaine*, Paris, Fayard.

Barrandon, Nathalie y Pimouguet-Pédarros, Isabelle (2021), *La transgression en temps de guerre. De l’Antiquité à nos jours*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.

Beck, H. y Gallego, J. y García Mac Gaw, C. y Pina Polo, F. (eds.) (2021), *Encuentros con las élites del Mediterráneo antiguo. Liderazgo, estilos de vida, legitimidad*, Buenos Aires, Miño y Dávila eds.

Bederman, David (2001), *International Law in Antiquity*, New York, CUP.

Bellón Ruiz, Juan Pedro *et alii* (eds.) (2017), *La Segunda Guerra Púnica en la Península Ibérica: Baecula, arqueología de una batalla*, Jaén, Universidad de Jaén.

Bellón Ruiz, Juan Pedro *et alii* (2021), “De situ Iiturgi, análisis arqueológico de su asedio en el contexto de la segunda guerra púnica”, *Archivo Español de Arqueología*, 94, pp. 1-26.

Beltramini, Lucca y Rocco, Marco (2020), “Livy on Scipio Africanus. The Commander’s Portrait at 26.19.3-9”, *The Classical Quarterly*, 70, pp. 230-246.

- Bernard, Jacques-Emmanuel (2015), "Portraits of Peoples", en Bernard Mineo (ed.), *A companion to Livy*, Oxford, Willey Blackwell, pp. 39-51.
- Brunaux, Jean Louis (1997), "Les sanctuaires celtiques de Gournay-sur-Aronde et de Ribemont-sur-Ancre, une nouvelle approche de la religion gaulois", *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 141 (2), pp. 567-600.
- Burns, Thomas S. (2003), *Rome and the Barbarians, 100 B.C.-A.D. 400*, Baltimore-London, Johns Hopkins University Press.
- Canter, Howard Vernon (1932), "Conflagrations in Ancient Rome", *The Classical Journal*, 27 (4), pp. 270-288.
- Carawan, Edwin M. (1984), "The tragic history of Marcellus and Livy's characterization", *The Classical Journal* 80 (2), pp. 131-141.
- Chaplin, Jane D. (2015), "Livy's Use of Exempla", en Bernard Mineo (ed.) *A companion to Livy*, Oxford, Willey Blackwell, pp. 102-113.
- Chrisanthos, Stefan G. (2008), *Warfare in the Ancient World: From the Bronze Age to the Fall of Rome*, London, Praeger.
- Clark, Jessica H. (2014), *Triumph in Defeat: Military Loss and the Roman Republic*, New York, OUP.
- Coudry, Marianne (2009), "Partage et gestion du butin dans la Rome républicaine: Procédures et enjeux", en Marianne Coudry y Michel Humm (eds.), *Kriegsbeute und Gesellschaft im republikanischen Rom*, Stuttgart, Collegium Beatus Rhenanus, pp. 21-79.
- Curchin, Leonard (1995), "The unburied Dead at Thermopylae", *Ancient History Bulletin*, 9, pp. 68-71.
- Daly, Gregory (2002), *Cannae: The Experience of Battle in the Second Punic War: The Experience of Battle in the Second Punic War*, London-New York, Routledge.

de Francisco Heredero, Ana (2012), “Guerra y ritual en el mundo celtibérico”, *ArqueoUCA* 2, pp. 49-63.

Duret, Luc; Néradau, Jean-Pierre (2001), *Urbanisme et métamorphose de la Rome Antique*, Paris, Les Belles Lettres.

Edwards, Catharine (2015), *Death in Ancient Rome*, Yale, Yale University Press.

Engerbeaud, Mathieu (2017), *Rome devant la défaite (753-264 avant J.-C.)*, Paris, Les Belles Lettres.

Flower, Harriet I. (2000), “The Tradition of the *Spolia Opima*: M. Claudius Marcellus and Augustus”, *Classical Antiquity*, 19, pp. 34-64.

Flower, Harriet I. (2006), *The Art of Forgetting: Disgrace and Oblivion in Roman Political Culture*, Chapel Hill, University of Carolina Press.

Gabaldón Martínez, María del Mar (2001), “Los rituales de armas de los pueblos del norte de Europa. El ‘sacrificio’ del Botín”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 41, pp. 93-110.

Gabaldón Martínez, María del Mar (2002-03), “El trofeo y los rituales de victoria como símbolos de poder en el mundo helenístico”, *CuPAUAM* 28-29, pp. 127-143.

Gabaldón Martínez, María del Mar (2004), *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo Mediterráneo y el mundo celta*, Anejos de Gladius 7, Madrid, CSIC.

Gabaldón Martínez, María del Mar (2007), “La simbología y las divinidades de la metalurgia en la antigüedad clásica”, *Sautuola: Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología Sautuola*, 13, pp. 577-588.

- Gabaldón Martínez, María del Mar; Quesada Sanz, Fernando (2008), “Memorias de victoria y muerte: ideales, realidades, tumbas de guerra y trofeos en la antigua Grecia”, *Hesperia*, 11, pp. 113-133.
- Gabaldón Martínez, María del Mar (2010), “*Sacra loca* y armamento. Algunas reflexiones en torno a la presencia de armas no funcionales en contextos rituales”, *Gladius*, XXX, pp. 191-212.
- Gibson, Bruce (2009), “*Silius Italicus: A Consular Historian?*”, en Anthony Augoustakis (ed.), *Brill's Companion to Silius Italicus*, Leiden, Brill, pp. 47-72.
- Gracia Alonso, Francisco (2017), *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados*, Madrid, Desperta Ferro.
- García Riaza, Enrique (2011): “Derecho de guerra en Occidente durante la expansión romano-republicana. Planteamientos metodológicos”, en Enrique García Riaza (ed.), *De fronteras a provincias. Interacción e integración en Occidente (ss. III-I a.C.)*, Palma, Edicions UIB, pp. 31-65.
- García Riaza, Enrique (2021), “*In conloquium venire*. Interviews between Roman Commanders and Western Leaders in the Age of Republican Expansion”, en Alejandro Díaz Fernández (ed.), *Provinces and provincial command in Republican Rome: genesis, development and governance*, Zaragoza-Sevilla, Libera Res Publica, pp. 124-144.
- Giovannini, Adalberto (2001), “La morale de la guerre en Grèce antique”, en Serena Bianchetti *et alii* (coords.), *Poikilma. Studi in onore di Michele R. Cataudella. In occasione del 60° compleanno*, vol. I, La Spezia, Agorà, pp. 545-561.
- Hölscher, Tonio (2003), “Images of War in Greece and Rome: Between Military Practice, Public Memory, and Cultural Symbolism”, *Journal of Roman Studies*, 93, pp. 1-17.

- Hubert, Henri y Mauss, Marcel (1981), *Sacrifice: Its Nature and Functions*, Chicago, University of Chicago Press.
- Hulot, Sophie (2018), “*Ne nudarent corpora*: le corps du soldat romain exposé à la violence de guerre (de la deuxième guerre punique aux Flaviens)”, *Annales de Jauna*, 6, <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01796406>
- Hulot, Sophie (2019), “Coût humain des guerres et mémoire romaine des désastres (deuxième guerre punique - fin du ier s. apr. J.-C.)”, *Pallas*, 110, pp. 267-268.
- Jobbé-Duval, Émile (1924), *Les morts malfaisants larvas, lémures d'après le droit et les croyances populaires des Romains*, Paris, Recueil Sirey.
- Keegan, John (1976), *The Face of Battle*, London, Jonathan Cape.
- Koon, Samuel (2011), “Phalanx and Legion: the ‘Face’ of Punic War Battle”, en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Oxford, Willey Blackwell, pp. 77-94.
- Kubler, Anne (2017), “Les matrones romaines, gardiennes de la mémoire. L’annonce de la défaite de Trasimène”, *Clio. Femmes, genre, histoire*, 46 (2), pp. 249-266.
- Landrea, Cyrielle (2019), “Pères et fils de l’aristocratie durant la deuxième guerre punique: la mémoire familiale des défaites”, *Pallas*, 110, pp. 289-306.
- Lendon Jon E. (2005), *Soldiers and Ghosts: A History of Battle in Classical Antiquity*, New Haven-London, Yale University Press.
- Levene, David (2010), *Livy on the Hannibalic War*, OUP, Oxford, 2010.
- Lorrio Alvarado, Alberto J. (1997), *Los celtiberos*, Madrid, Ediciones Complutense.

- Lushkov, Ayelet Haimson (2014), “Narrative and Notice in Livy's Fourth Decade: The Case of Scipio Africanus”, *Classical Antiquity*, 33 (1), pp. 103-129.
- Low, Polly (2011), “The Power of the Dead in Classical Sparta: The Case of Thermopylae”, en Maureen Carroll y Jane Rempel (eds.), *Living through the Dead: Burial and Commemoration in the Classical World*, Oxford-Oakville, Oxbow Books, pp. 1-20.
- Marchiandi, Daniela y Mari, Manuela (2016), “I funerali per i caduti di guerra. La difficile armonia di pubblico e privato nell'Atene del V secolo a.C.”, *Mediterraneo Antico*, 19, pp. 177-202.
- Matteo, Chris Ann (2007): “Spolia from Troy: Classical Epic Allusion in Walter Scott's Waverley”, *Literary Imagination*, 9, pp. 250-269.
- Ostenberg, Ida (2009), *Staging the World: Spoils, Captives, and Representations in the Roman Triumphal Procession*, Oxford-New York, OUP.
- Ostenberg, Ida (2014), “War and remembrance. Memories of defeat in ancient Rome”, en Brita Alroth y Charlotte Scheffer (eds.), *Attitudes towards the past in Antiquity: Creating identities. Proceedings of an international conference held at Stockholm University, 15-17 May 2009*, Stockholm, Stockholm University Press, pp. 255-265.
- Paturet, Arnaud (2018), “De quelques aspects juridiques et sociétaux des sépultures des soldats dans l'ancienne Rome”, *Cahiers du CRiDHI*, 41, <https://popups.uliege.be/1370-2262/index.php?id=546>
- Pritchard, David N. (2022), “Honouring the war dead in democratic Athens”, en Emmanouil M. L. Economou y Nicholas C. Kyriazis y Athanasios Platias (eds.), *Democracy and Salamis: 2500 Years after the Battle That Saved Greece and the Western World*, Heidelberg, en prensa.

- Rawson, Elizabeth (1990), “The Antiquarian Tradition: Spoils and Representations of Foreign Armour”, en Walter Eder (ed.), *Staat und Staatlichkeit in der frühen römischen Republik: Akten Eines Symposiums, 12-15 Juli 1988*, Berlin, Freie Universität Berlin, pp. 157-173.
- Rice, Ellen (1993), “The Glorious Dead: Commemoration of the Fallen and Portrayal of Victory in the Late Classical and Hellenistic World”, en John Rich y Graham Shipley (eds.), *War and Society in the Greek World*, London-New York, Routledge, pp. 224-257.
- Rich, John (2012), “Roman attitudes to defeat in battle under the Republic”, en Francisco Marco Simón y Francisco Pina Polo y José Remesal Rodríguez (eds.) *Vae Victis! Perdedores en el mundo antiguo*, Barcelona, UAB, pp. 83-111.
- Richardson, James H. (2015), “The Complications of Quellenforschung: The Case of Livy and Fabius Pictor”, en Bernard Mineo (ed.), *A Companion to Livy*, Oxford, Wiley- Blackwell.
- Rosenstein, Nathan (1990), “War, Failure, and Aristocratic Competition”, *Classical Philology*, 85 (4), pp. 255-265.
- Rosselló Calafell, Gabriel (2009-10), “Hispania 218-215 y las finanzas de la guerra: un estado de la cuestión”, *Hispania Antiqua*, XXXIII-XXXIV, pp.7-24.
- Rosselló Calafell, G. (2023), *Relaciones exteriores y praxis diplomática cartaginesa. El período de las guerras púnicas*, Colección Libera Res Publica nº 8, Sevilla-Zaragoza, Editorial Universidad de Sevilla-Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Sánchez Moreno, E. y García Riaza, E. (2024) (eds.), *The Materiality of Diplomacy in the Hellenistic-Roman Mediterranean: Gifts, Bribes, Offerings*, Edinburgh, Edinburgh University Press, en prensa.

- San José Campos, Christian (2020), “La Imitatio Alexandri de Aníbal Barca”, *Studia Historica. Historia Antigua*, 38, pp. 21-48.
- Sanz Mínguez, Carlos (ed.) (2020), *Los vacceos ante la muerte. Creencias, ritos y prácticas de un pueblo pre-romano*, Vaccea Monografías nº 9, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Scheid, John (2015): “Livy and religion”, en Bernard Mineo (ed.), *A companion to Livy*, Oxford, Willey Blackwell, pp. 78-89.
- Sidebottom, Harry (2004), *Ancient Warfare: A Very Short Introduction*, New York, OUP.
- Sopeña Genzor, Gabriel (1995), *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, Universidad de Zaragoza.
- Sopeña Genzor, Gabriel (2004), “El mundo funerario celtibérico como expresión de un *ethos* agonístico”, *Historiae Mortis*, 1, pp. 56-107.
- Suárez Martínez, Diego (2020), “La exposición de los cadáveres en la arqueología celtibérica: ¿un espejismo historiográfico?”, en Gabriel Sanz Casasnovas *et alii* (coords.), *Dýnamis hermeneutiké. Visiones interdisciplinares del pasado*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, pp. 145-162.
- Suárez Martínez, Diego (2022), “El combate singular y la construcción del recuerdo. Memoria y lucha heroica en la Antigüedad”, *Antesteria*, 11, pp. 75-96.
- Stambaugh, John E. (1988), *The Ancient Roman City*, Baltimore-London, Johns Hopkins University Press.
- Sterckx, Claude (2005), *Les mutilations des ennemis chez les Celtes préchrétiens: La Tête, les Seins, le Graal*, Paris, L’Harmattan.

Thaniel, George (1973), "Lemures and Larvae", *The American Journal of Philology*, 94 (2), pp. 182-187.

Torregaray Pagola, Elena (1998), *La elaboración de la tradición sobre los "Cornelii Scipiones": pasado histórico y conformación simbólica*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".

Versnel, Henk S. (1979), *Triumphus. An inquiry into the origin, development an meaning of the Roman triumph*, Leiden, Brill.

Villar Vidal, José Antonio (1993), *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº 177.

Zimmermann, Klaus (2011), "Roman Strategy and Aims in the Second Punic War", en Dexter H. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Oxford, Willey Blackwell, pp. 280-298.